

EL ENSAYO QUE SE REPITE O EL CARIBE COMO LUGAR-COMÚN (ANTONIO BENÍTEZ ROJO, ÉDOUARD GLISSANT, KAMAU BRATHWAITE)

The repeating essay or the Caribbean as a common-place (Antonio Benítez Rojo, Édouard Glissant, Kamau Brathwaite)

Florencia Bonfiglio

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
flobonfiglio@hotmail.com

Resumen: Como modo de contrarrestar la histórica balcanización antillana, la ensayística de Édouard Glissant, del cubano Antonio Benítez Rojo y del barbadosense Kamau Brathwaite converge en la integración imaginaria del Caribe, promoviendo una religión cultural. En virtud de nociones y figuras puestas en funcionamiento en los ensayos de estos autores, reconocemos preocupaciones comunes (“*lieux-communs*” en la *Philosophie de la relation* (2009) de Glissant) tanto como la voluntaria afiliación de unos con otros a través de mutuas apropiaciones de ideas e intertextualidades. No obstante la pertenencia de los autores a diversas áreas lingüísticas, su traducción y los contactos establecidos entre sí han favorecido la elaboración de un “ensayo que se repite”: un *discurso* (común) *antillano*. Me concentro, en particular, en las continuidades que los ensayos establecen con la tradición anticolonialista caribeña y el espíritu colectivista, revolucionario, de los años 1960/1970, más allá de la posible adscripción de los autores a una “perspectiva posmoderna”.

Abstract: As a means to counter the historical balkanization of the Antilles, the essay writing of Édouard Glissant, as well as that of Cuban Antonio Benítez Rojo and Barbadian Kamau Brathwaite, elaborates an imaginary integration of the Caribbean, promoting cultural linkages. By looking into similar concepts and metaphors displayed in their essays, we distinguish common interests (“*lieux-communs*”, according to Glissant’s *Philosophie de la relation* (2009)) as well as the voluntary affiliation of the authors with one another by means of a mutual appropriation of ideas and various intertextual relations. Although the authors belong to different linguistic regions, the translation of their works and the contacts established among them have favored the construction of a “repeating essay”: a (common) *Caribbean discourse*. In particular, I focus on the continuities that the essays establish with the Caribbean anti-colonialist tradition and the collectivist revolutionary spirit of the 60s and 70s, beyond the “postmodern perspective” the authors may claim to assume.

Palabras clave: ensayo; Caribe; Antonio Benítez Rojo; Édouard Glissant; Kamau Brathwaite

Key Words: essay; Caribbean; Antonio Benítez Rojo; Édouard Glissant; Kamau Brathwaite

■ **E**n un trabajo reciente me he concentrado en el modo en que el ensayo caribeño, —aquel que, emparentándose con el ensayo de interpretación latinoamericano, intenta definir los contornos de la “caribeñidad”— crea una región cultural como producto del deseo de religación de sus escritores¹. Refundado por los más importantes ensayistas de las distintas áreas lingüísticas que componen las Antillas, el Caribe conforma así un territorio literario que ensambla e interconecta experiencias insulares a través del (re)curso imaginario de una geografía marítima que figura su integración. Explorado, diseccionado, reinventado —repetido— una y otra vez en el libre fluir del ensayo, el Caribe deviene uno de esos “lugares-comunes” [*lieux-communs*] en la expresión renovada del martiniqueño Édouard Glissant: “acordancias similares” [*semblables accordances*] a través de las cuales se pone en funcionamiento una “poética de la relación” (Glissant *Philosophie* 35).

Al aproximarme a la obra ensayística dedicada al Caribe de tres escritores ineludibles, como lo son el propio Glissant, el barbadense Kamau Brathwaite y el cubano Antonio Benítez Rojo, he señalado la convergencia en sus enfoques tanto como la voluntaria afiliación de unos con otros a través de mutuas apropiaciones de ideas y múltiples intertextualidades². He apuntado, por ejemplo, la estrecha conexión que la noción de “*nation language*”, propuesta por Brathwaite en su capital *History of the Voice* (1984) establece con la “poética forzada” (1976) de Glissant y con su oposición entre *langue* y *langage*³ y, a su vez, el modo en que

1 El trabajo, titulado “Dialogues et liens dans l’essai des Caraïbes de Kamau Brathwaite, Édouard Glissant et Antonio Benítez Rojo” (en *Pérennité ou changement. Identités et représentations dans les Caraïbes*, María Fátima Rodríguez (comp.), Presses du CRBC, Rennes-Brest, Francia, actualmente en prensa), sigue algunas nociones esbozadas por el crítico jamaicano Edward Baugh en relación con la crítica literaria caribeña, especialmente su idea de que “El diseño que es la teoría es una proyección de la creencia del teórico, y la creencia es una función del deseo” [“The design that is theory is a projection of the theorist’s belief, and belief is a function of desire”] (Baugh 57). De aquí en más, ofrezco la traducción al español de las citas de la bibliografía en inglés o francés, cuya versión original transcribo entre corchetes o en nota al pie.

2 Fundamentalmente baso mi reflexión en los siguientes textos: *La isla que se repite. El Caribe en la perspectiva posmoderna* (1989) de Benítez Rojo (y sus ediciones ampliadas en inglés [1992, 1996] hasta su “Edición Definitiva” en español en 1998), “Caribbean Culture: Two Paradigms” (1983) y los ensayos incluidos en *Roots* (1986) (especialmente *History of the Voice. The Development of Anglophone Caribbean Poetry* de 1984) de Kamau Brathwaite; y, de Édouard Glissant, *Le Discours antillais* (1981), *Poétique de la Relation* (1990) y su más reciente *Philosophie de la relation* (2009).

3 En su ensayo, Brathwaite remite a “*Free and Forced Poetics*” de Glissant, publicado (en inglés)

el martiniqueño anuda su *Poétique de la Relation* (1990) con la afirmación de Brathwaite “*The unity is sub-marine*”, colocada como epígrafe junto con el verso de Derek Walcott “*Sea is History*”, una afiliación ya anticipada en *Le Discours antillais* (1981) cuando Glissant parafraseaba a Brathwaite afirmando: “Somos las raíces de la Relación. Raíces submarinas: es decir derivadas, no implantadas con un sólo mástil en un solo limo, sino prolongadas en todas las direcciones de nuestro universo por su red de ramas” (Glissant *El discurso* 178).

El recurso común, señalado por varios críticos, a una “metaforización marítima” (DeLoughrey 2007; Dalleo 2004; Dash 2001) y la construcción de un discurso que se inunda de tropos lábiles, móviles e inestables (la “marealéctica” en Brathwaite, los “pueblos del Mar” en Benítez Rojo, el pensamiento “archipiélico” en Glissant, entre muchos otros), figuraciones que sirven a la inscripción de una marca regionalista en el discurso teórico contemporáneo, están en función tanto de una religación simbólico-cultural como de una actualización del pensamiento caribeño a los paradigmas posesencialistas de identidad, apropiados creativamente en una típica operación transculturadora. Es primordial, en estos autores, la voluntad de autorizar un discurso teórico antillano como forma de resistencia a la hegemonía de los paradigmas centrales, aunque quizá sea Kamau Brathwaite quien más explicita tal vocación de independencia intelectual. De hecho, su noción de *nation language*, como categoría estética, desde el inicio atendía a la demanda claramente enunciada por el escritor en la década de 1970 de “crear nuestras propias Autoridades”, pues, como lamentaba:

en lo que respecta a lo que escribimos, a nuestros modelos perceptuales, somos más conscientes (en términos de sensibilidad) de la caída de la nieve, por ejemplo —los modelos están todos allí para la caída de la nieve— que de la fuerza de los huracanes que ocurren cada año. En otras palabras, no tenemos las sílabas, la inteligencia silábica, para describir el huracán, que es nuestra propia experiencia, mientras que podemos describir la experiencia ajena importada de la caída de la nieve (Brathwaite “Historia” 121).

En *La isla que se repite* (1989), la reflexión de Benítez Rojo en torno del polirritmo caribeño, deudora de teorizaciones de Fernando Ortiz y del africanista alemán Janheinz Jahn, se relaciona con la lúcida postura descolonizadora de Brathwaite respecto de la inadecuación de los metros ingleses en las Antillas, donde, según su aclamado *dictum*, “el huracán no ruge en pentámetros” (Brathwaite “Historia” 123). Apropiándose críticamente de nociones posmodernas provenientes de la academia euro-estadounidense —de la teoría del Caos (vía James Gleick, entre otros) al pensamiento francés de Jean-François Lyotard,

en *Alcheringa*, New Series 2:2 y luego incluido en *Le Discours antillais* (1981). “Poética natural, poética forzada” es, sin duda, uno de los ensayos más importantes de Glissant. Ya desde *L’Intention poétique* Glissant recurre a la mencionada oposición entre *langue* y *langage* para enunciar: “En toda lengua autorizada, construirás tu lenguaje” [“Dans toute langue autorisée, tu bâtiras ton langage”] (*L’Intention* 45).

Jacques Derrida, Gilles Deleuze y Félix Guattari (filósofos que también Glissant asimila)—, Benítez Rojo intenta también ensayar un discurso antillano autónomo. No sólo afilia su postura ecléctica con aquella de Fernando Ortiz: “su posición típicamente caribeña ante el pensamiento científico-social moderno” (Benítez Rojo *La isla* 54), también su ambigua expresión “de cierta manera”, que pretende dar cuenta de la especificidad diferencial de la cultura caribeña, se traduce a su propia escritura ensayística que, como la de Brathwaite y Glissant, explota el imaginario geográfico de las Antillas. Así, a partir de la observación de Père Labat (“No es accidental que el mar que separa vuestras tierras no establece diferencias en el ritmo de vuestros cuerpos”) propondrá que el Caribe es, además de una “*societal area*”—según el planteo de Sidney Mintz⁴—, una “*rhythmical area*” (Benítez Rojo *La isla* 99) bañada por el mismo mar, donde:

dentro de la fluidez sociocultural que presenta el archipiélago Caribe, dentro de su turbulencia historiográfica y su ruido etnológico y lingüístico, dentro de su generalizada inestabilidad de vértigo y huracán, pueden percibirse los contornos de una isla que se “repite” a sí misma, desplegándose y bifurcándose hasta alcanzar todos los mares y tierras del globo (Benítez Rojo *La isla* 17).

También el “pensamiento archipiélico” [*“la pensée archipélique”*] de Glissant, definido en su *Philosophie de la relation* (2009) como un “pensamiento del ensayo, de la tentación intuitiva, que podríamos agregar a los pensamientos continentales, los cuales serían ante todo de sistema” (45) imprime su marca en la filosofía posmoderna al proponerse como un pensamiento no sistemático, abierto a la infinita relación (el juego de las diferencias) aunque siempre localizado, dado que, como subraya Glissant, “el lugar es insoslayable” [*“Le lieu est incontournable”*] (46)⁵. En la figuración del martiniqueño:

El imaginario de mi lugar se religa a la realidad imaginable de los lugares del mundo, y a la inversa. El archipiélago es la realidad fuente, no única, de la cual esos imaginarios se desprenden: el esquema de la pertenencia y de la relación, al mismo tiempo. El archipiélago es difractado, avanzaremos hasta repetir, al modo de los practicantes de las ciencias del caos, que es fractal (le damos sentidos no autorizados al término), necesario en su totalidad, frágil o eventual en su unidad, pasando y permaneciendo, es un estado del mundo. Las aguas que suben lo recubren primero (47)⁶.

4 “The Caribbean as a Socio-Cultural Area”, *Cahiers d’Histoire Mondiale* IX, 4 (1966): 912-934, citado en Benítez Rojo (*La isla* 99).

5 En el original: “*La pensée archipélique*, pensée de l’essai, de la tentation intuitive, qu’on pourrait apposer à des pensées continentales, qui seraient avant tout de système”.

6 En el original: “L’imaginaire de mon lieu est relié à la réalité imaginable des lieux du monde, et tout inversement. L’archipel est cette réalité source, non pas unique, d’où sont secrétés ces imaginaires: le schème de l’appartenance et de la relation, en même temps. L’archipel est diffracté, nous pousserons jusqu’à répéter, à la manière de ces praticiens des sciences du chaos, qu’il est

Se trata de la dialéctica entre la totalidad y el detalle (archipiélico), en defensa de la diversidad siempre amenazada por el “pensamiento continental”. En virtud del pensamiento archipiélico, por el contrario:

Conocemos las rocas del río, seguramente las rocas y los ríos más pequeños, contemplamos los huecos de sombra que abren y recubren, donde los *zabitans* (de agua dulce, se trata de esos cangrejos azules y grises, amenazados por la contaminación), en la Martinica, y que en la Guadalupe llaman *ouassous* (nombres de fondo, nombres de pertenencia), (los designo por decidido placer, cada uno conoce su suculencia), todavía se resguardan (45, cursivas en el original)⁷.

A partir de aquí (del resguardo de los *zabitans/ouassous*), me interesa destacar que en las propuestas “posmodernas” que tanto Benítez Rojo como Glissant ensayan en torno de la cultura caribeña —en el caso del cubano, ésta era explícita en el subtítulo de la primera edición de *La isla que se repite: El Caribe en la perspectiva posmoderna* (1989)—, la marca “regionalista”, de resistencia de lo local, no escapa fácilmente a las sistematizaciones totalizadoras de los discursos modernos, esa lógica dicotómica que, en el caso de Brathwaite —siempre reacio a las modas teóricas centrales—, es asumida, por el contrario, combativamente. Tal postura anticolonialista, visible desde sus inicios⁸, se vuelve patente en textos como “*Caribbean Culture: Two Paradigms*” (1983), donde Brathwaite se explaya sobre las nociones contrapuestas de cultura “misil” vs. “cultura circular/cápsula”, además de proponer el neologismo de “marealéctica” [“*tidialectics*”] ya citado, superador de la dialéctica occidental: “Pues la dialéctica es otra arma de fuego: un misil: un modo de progreso: / hacia adelante [“*farward*”]/ pero en la cultura del círculo, el ‘éxito’ se mueve hacia afuera, desde el centro a la circunferencia, para luego volver: una dialéctica-marea” (42)⁹.

Quisiera, pues, detenerme en las continuidades que las operaciones caribeñas de Benítez Rojo, Glissant y Brathwaite establecen con la tradición discursiva y el imaginario anticolonial antillano, afiliaciones que Brathwaite no reniega aun a riesgo de ser tildado de “esencialista” por la crítica posmoderna y que, en el caso de

fractal (nous donnons bien de sens non autorisés à ce mot), nécessaire dans sa totalité, fragile ou éventuel dans son unité, passant et demeurant, c’est un état du monde. Les eaux qui montent le recouvrent d’abord”.

7 Cita original : “nous connaissons les roches des rivières, les plus petites assurément, roches et rivières, nous envisageons les trous d’ombre qu’elles ouvrent et recouvrent, où les *zabitans* (d’eau douce, il s’agit de ces écrevisses bleues et grises, menacées de pollution), en Martinique, et qui sont appelées *ouassous* en Guadeloupe (noms de fonds, noms d’appartenance), (je les désigne par résolu plaisir, chacun connaît leur succulence), s’abritent encore.”

8 Incluso en su conceptualización del “lenguaje nación” Brathwaite opone la sincopa del “Calypso” a la linealidad de la marcha “misilística” del pentámetro.

9 “For dialectics is another gun: a missile: a way of making progress: / farward / but in the culture of the circle ‘success’ moves outward from the centre to circumference and back again: a tidal dialectic”.

Benítez Rojo y de Glissant, son observables más allá de sus desvíos caóticos y de sus más resueltas derivas “post”.

En el último gran ensayo ya citado de Glissant, *Philosophie de la relation* (2009), el propio autor parece revisar el legado de la Negritud de posguerra y su desvío fundacional de Aimé Césaire, por lo menos del modo en que su lectura crítica de la Negritud era afirmada en *Le Discours antillais* (1981)¹⁰. Sin anular su bien conocida distinción entre “identidad raíz” e “identidad rizoma”, puede verse, tanto en el ensayo en que evoca el Primer Congreso de Escritores y Artistas Negros celebrado en París en 1956, como en el siguiente dedicado a Aimé Césaire con motivo de su muerte, una decidida afiliación con la tradición africanista y el movimiento de la Negritud, que ahora adquieren un lugar preponderante en la propia formación de Glissant y, según expresa, en la historia (y el encuentro) de las ideas en el mundo. Las alianzas y coaliciones (intelectuales/ políticas) de la Negritud devienen, en efecto, precursoras de la conciencia regional y anti-esencialista que determina su poética de la relación. De ese primer Congreso de Escritores y Artistas Negros que presagió la luchas de descolonización, derivó para el autor “una entrada en conciencia en la totalidad mundo” y “ese lugar común que sería pronto famoso además de, quizá, demasiado usado: la unidad en la diversidad” (Glissant *Philosophie* 122, 124)¹¹.

De la misma manera en que la poética de Césaire estuvo atravesada por el “marxismo negro” panafricanista y el afán internacionalista del Comunismo (el “¡Proletarios del mundo, úniós!” que atrajo particularmente a Frantz Fanon y sus “condenados de la tierra”), la obra de Glissant, como se ve más nítidamente en sus últimos textos, porta –al igual que la de Brathwaite y la de Benítez Rojo–, el sello de los “largos 60”: en especial, el espíritu anticolonialista creado por los movimientos de descolonización y luego por la Revolución cubana. Como afirmará Benítez Rojo en “Carnaval”, uno de los capítulos que añadirá a la segunda edición en inglés (1996) de *La isla que se repite*¹²:

Por muy posmodernos o posideológicos que nos sintamos, ¿cómo podríamos dejar de admirar obras como *Los jacobinos negros* de C.L.R. James, *Los condenados de la tierra* de Franz Fanon, o *El ingenio* de Manuel Moreno Fraginals, eso sin hablar de los magníficos libros escritos por Aimé Césaire y muchos otros autores que tomaron el camino de la confrontación? Y, sin embargo, todo caribeño sabe, al menos intuitivamente, que el Caribe es mucho más que un sistema de oposiciones binarias (350).

10 Ver, en especial “El desplazamiento y el rodeo”, uno de los ensayos clave del libro (*El discurso* 43-56).

11 “Une entrée en conscience dans la totalité monde”, “ce lieu commun qui serait bientôt fameux autant que trop usé peut être : l’unité dans la diversité”.

12 Esta edición, como ya mencionamos, modifica y amplía las anteriores ediciones en español (1989) y en inglés (1992) y precede a la “Edición definitiva” de 1998, la cual es traducción de la segunda en inglés y agrega nuevos capítulos.

En su aproximación a *La isla que se repite*, el puertorriqueño Arcadio Díaz Quiñones se sorprende precisamente de “la ausencia de referencias a Frantz Fanon y a su influyente reflexión sobre el sujeto colonial y la violencia” (3). Tal ausencia, sin embargo, se debe sin duda a la declarada “perspectiva posmoderna” asumida por Benítez Rojo en la primera edición de su ensayo. El subtítulo, de modo significativo, es suprimido de la Edición Definitiva de 1998, donde las modificaciones (supresiones, adiciones) se relacionan con el abandono de tal perspectiva “ajena”, según desliza el autor al final¹³. De hecho, la intención de desprenderse de su propia deriva “post” es ya notoria en la segunda edición del libro en inglés de 1996, pues de allí Benítez Rojo extrae la “Noticia bibliográfica sobre Caos” antes colocada como Apéndice. El énfasis de la primera edición ciertamente recaía, antes que en el anticolonialismo fanoniano y la confrontación violenta, en formas más sutiles de resistencia. Como bien apunta Díaz Quiñones, el acento estaba puesto “más bien en el azaroso destino de los cimarrones que se abrían paso por el mundo subterráneo de las islas” (4), en la formulación de Benítez Rojo: aquellos “códigos defensivos”, “la complejísima y enrevesada arquitectura de rutas secretas, trincheras, trampas, cuevas, respiraderos y ríos subterráneos que constituye el rizoma de la psiquis caribeña” (cit. en Díaz Quiñones 4).

Díaz Quiñones subraya la honda ambición teórica del ensayo de Benítez Rojo, su inscripción “en la prestigiosa lengua de los saberes académicos” (6) con sus modelos teóricos hegemónicos (Derrida, Lyotard, Bajtín, Deleuze y Guattari, etc), lo cual atribuye al hecho de que el libro “—de ahí la importancia de su traducción— estaba también dirigido a la academia norteamericana, [...] que tenía sus propias exigencias teóricas y debates” (Díaz Quiñones 6). Existe, incluso, el testimonio del propio Benítez Rojo que “trató de suplir sus carencias poniéndose *à la page*” —como explica Díaz Quiñones— y, dada la dificultad de incorporar el denso corpus teórico de “la vanguardia académica” se la pasaba casi insomne “leyendo, subrayando y tomando notas” (cit. en Díaz Quiñones 6).

Me pregunto, sin embargo, si el rizoma que gana terreno en *La isla que se repite* no acusa de cualquier manera (“de cierta manera”) un particular origen insular, si sus raíces no se aferran más fuertemente a la tradición local en la que el ensayista se forjó: la Cuba revolucionaria que, para Díaz Quiñones de modo “paradójico”, no está en el centro de la reflexión sino que se vuelve “una isla entre muchas otras” (6). Por un lado, es indudable, como propone el crítico puertorriqueño, que la apertura al Caribe le permitía a Benítez Rojo “iluminar las zonas veladas tanto por el discurso nacionalista de ‘lo cubano’ como por el del ‘hombre nuevo’ del socialismo” (6), y también es indudable que Benítez Rojo se proponía una crítica de la Cuba revolucionaria que había dejado atrás, aquella

13 También afirma al final del libro que le habría sido imposible escribirlo si su vida “no hubiera tocado la magia, el odio político y racial, y el intelectualismo posmoderno de la academia norteamericana” (Benítez Rojo *La isla, Edición definitiva* 414-415).

en la cual pervivía la Plantación. Por otro lado, no obstante, su perspectiva caribeñista e, incluso, *afro*-caribeña era legado de la institución revolucionaria en que Benítez Rojo se formó: la Casa de las Américas, antes que del pensamiento anti-racista de Fernando Ortiz, como piensa, por el contrario, Díaz Quiñones (8)¹⁴.

Puede pensarse, de hecho, que es el ideal revolucionario antiimperialista y anticolonialista, tanto como el espíritu comunitario –el colectivismo contrario al individualismo burgués– el que rige el fuerte afán de religación cultural que considero un *lugar-común* del ensayo caribeño de Benítez Rojo, Brathwaite y Glissant, escritores para quienes la intercomunicación literaria constituye una respuesta efectiva a la histórica balcanización antillana –y *balcanizar*, como escribe Glissant, es “uno de los verbos más negativos del mundo de la Relación” (*Philosophie* 49)–. En el caso de Benítez Rojo, Díaz Quiñones acierta en subrayar “su deseo de anudarse a otras tradiciones mediante un largo rodeo a través de las ricas matrices culturales del Caribe” (3), pero el puertorriqueño sostiene que este fue un modo de “escapar y trascender el discurso autoritario de la ‘nación’” (3) y no (también) consecuencia de haber forjado su escritura precisamente en una de las instituciones de la nación cubana. Es, por el contrario, insoslayable que la “afirmación utópica de las islas” que caracteriza la perspectiva de Benítez Rojo (Díaz Quiñones 4) se deriva de la visión utópica y religadora del Caribe de Casa de las Américas –evidente en textos como el *Calibán* (1971) de Fernández Retamar, por mencionar un claro ejemplo–, y también resulta bastante evidente que el afán de construcción de un “canon caribeño” en *La isla que se repite* es heredero de la política editorial caribeñista de Casa de las Américas, aunque para Díaz Quiñones tales impulsos y acciones sean más bien producto de las lecturas e intereses de Benítez Rojo en el exilio estadounidense.

La argumentación de Díaz Quiñones es contradicha luego, sin embargo, cuando el crítico afirma que, en verdad, no es posible reducir la concepción del Caribe de Benítez Rojo “a una simple oposición entre un antes y un después de su salida” (8), puesto que el cubano continuaba de hecho un legado intelectual nacional que ponía el foco en la esclavitud, la herencia afro y la dominación colonial: la obra de Alejo Carpentier, Fernando Ortiz, Manuel Moreno Fraginals. Por otra parte, existían ya los propios relatos ‘caribeños’ de Benítez Rojo: *El mar de las lentejas*, por ejemplo, publicado en La Habana en 1979, como bien observa Díaz Quiñones. Pero además –admite finalmente el crítico–, la Revolución había cambiado

14 El crítico es consciente, en verdad, de que el legado anti-racista de Ortiz no entraña una apertura caribeñista. Afirma: “Es cierto que Ortiz prestaba más atención a la formación de los ciudadanos *cubanos* que al archipiélago del Caribe. Benítez Rojo, sin embargo, insistió en el valor de su legado, no sólo por el talante literario de su obra, sino porque Ortiz, aunque no abandonó el proyecto nacional, sentó las bases para el estudio etnográfico de la espiritualidad del mundo afrocaribeño, e insistió en estudiar las relaciones entre europeos, africanos, indígenas y asiáticos. Ese multifacético mundo había sido estereotipado en las representaciones de lo ‘nacional’ y desplazado mediante la celebración del *mestizaje*” (Díaz Quiñones 8, cursivas en el original).

las perspectivas respecto del Caribe, y Benítez Rojo participó en la elaboración de una política cultural. Mantuvo una presencia en los encuentros y ediciones auspiciados por Casa de las Américas y su Centro de Estudios del Caribe. La novela caribeña fue el objeto de algunos de sus ensayos, como el sugerente “¿Existe una novelística antillana de lengua inglesa?”, de 1975. Viajó con las delegaciones cubanas a Jamaica (1978) y Venezuela (1979), fue editor del *Anuario del Centro de Estudios del Caribe* (1980), y actuó como uno de los organizadores de *Carifesta*, celebrado en Cuba en 1978-79. De todo ello hay huellas en sus textos (Díaz Quiñones 8).

Podrían entonces revisarse, a partir de aquí, aseveraciones previas de Díaz Quiñones, como aquella según la cual era “atípico” el interés caribeñista de Benítez Rojo (en tanto cubano)¹⁵ y también aquella que atribuía su conocimiento/relectura de estudiosos caribeños como Eric Williams o C. L. R. James al diálogo crítico establecido en los Estados Unidos (5). Estimo que, en verdad, ese diálogo crítico profundizó un interés por el Caribe anglófono y francófono, ya muy fuertemente arraigado en suelo cubano. Fue, de hecho, gracias a las trascendentales acciones caribeñistas de la Casa de las Américas que Benítez Rojo adquirió una conciencia regional y formó su primera biblioteca pancaribeña¹⁶. La tarea de religación cultural impulsada por la institución cubana significó el fortalecimiento concreto de redes intelectuales regionales que determinarían la intercomunicación de los cubanos con figuras clave del Caribe inglés y francés como Brathwaite y Glissant, estrechos colaboradores de la Casa desde fines de la década de 1960. Como suele suceder en toda red intelectual, los lazos con estos escritores fueron institucionales pero también personales y afectivos: Fernández Retamar había entablado amistad con Édouard Glissant en París en 1960, ya antes de asumir la dirección de Casa de las Américas en 1965. Según el propio Retamar, su relación con Glissant incidió en la profundización de su mirada integradora del Caribe (42), una perspectiva regional que, como me interesa subrayar, lejos de ser “atípica” en un cubano –para retomar la (sin duda

15 Díaz Quiñones parece traspasar el problema cultural de su propio Puerto Rico a la situación en Cuba cuando insiste en asociar el nacionalismo (fuertemente hispánico) con perspectivas anti-caribeñistas o cuando afirma que en Cuba “muy pocos escritores se identificaban con el Caribe. La heterogeneidad racial y etnohistórica del archipiélago socava la linealidad de los relatos nacionales y genera negaciones y debates, como se observa no sólo entre cubanos sino también entre puertorriqueños y dominicanos” (7).

16 Por cierto, el “importante número de 1975” dedicado ‘Las Antillas de lengua inglesa’ que Díaz Quiñones menciona tenía a Benítez Rojo como uno de los principales traductores e incluía, además de su propio artículo sobre la novela antillana, una gran cantidad de textos (por primera vez en español) de poetas, novelistas y críticos contemporáneos, así como de políticos e intelectuales insoslayables: Eric Williams y C.L.R. James, entre muchos otros, además de una reseña de *El desarrollo de la sociedad criolla en Jamaica* de Brathwaite, extractos de una entrevista realizada al barbadense en Cuba y la traducción de uno de sus poemas. Era, en efecto, el inicio de un largo intercambio intelectual y editorial, fuertemente impulsado tanto por Fernández Retamar desde Casa de las Américas como por Brathwaite desde sus posiciones en la UWI, el *Caribbean Artists Movement* y su editorial y revista *Savacou*.

apresurada) apreciación de Díaz Quiñones— imprimió su sello en la Casa de las Américas y, en este sentido, en todos aquellos que allí colaboraron.

Aun pasada la euforia revolucionaria, el afán de religación caribeña, tanto como el colectivismo intelectual y el espíritu de resistencia anticolonialista perduraron en los autores. Mientras Benítez Rojo dedicó la “Edición definitiva” de *La isla que se repite* ya no sólo a Fernando Ortiz, sino también a un conjunto de escritores del Caribe en otras lenguas, entre ellos, Brathwaite y Glissant¹⁷, la construcción de un sujeto comunal y de una memoria colectiva y de resistencia siguió siendo una profesión de fe para los tres intelectuales. Tanto Brathwaite como Glissant, a lo largo de sus intensas y extensas trayectorias, se involucraron en variados proyectos de integración cultural, entre los más relevantes: el CAM (*Caribbean Artists Movement*) y la revista y editorial *Savacou* (luego *Savacou North*) fundadas por Brathwaite, el *Institut Martiniquais d’Études* y la revista *Acoma* creados por Glissant, pasando por su rol como Director en *El Correo de la UNESCO* hasta la fundación del más reciente *Institut du Tout-Monde* —con su *Prix Carbet de la Caraïbe*— lanzado por el martiniqueño y asociado con la *Maison de l’Amérique Latine* y la Casa de las Américas, entre otras importantes instituciones¹⁸.

En todos los casos, como Díaz Quiñones propone acertadamente en relación con el Caribe de Benítez Rojo, lo que unifica la obra ensayística e intelectual de los autores —más allá de la oscuridad lingüística o la complejización “post” de sus esquemas de pensamiento— es una dialéctica recurrente (una lógica binaria): “La violencia ilimitada de la esclavitud, y, por debajo, una belleza rítmica y dinámica, como la de la música o el mar” (Díaz Quiñones 9), vale decir, con Glissant: la amenaza ecológica y, por debajo, el resguardo de los *zabitans/ouassous*. Brathwaite, por su parte, también resistirá a la Plantación explorando un imaginario regional, remitiendo incluso a Benítez Rojo para definir lo poético desde un *lugar común* —opaco, a veces intraducible—: en sus *Barabajan Poems* (1994) el “Poeta” es “a craftperson, oral or literary, ideally both, who deals in metrical and/or rhythmical —sometimes *riddmical*— wordsongs, wordsounds, wordwounds & meanings, within a certain code of order or dis/order —what Antonio Benítez-Rojo calls *creative chaos*” (21)¹⁹.

Los ensayos de estos autores *se repiten*, en consonancia, de una “cierta

17 La dedicatoria reza: “Debo al trabajo de muchos —de Fernando Ortiz a C. L. R. James, de Aimé Césaire a Kamau Brathwaite, de Wilson Harris a Édouard Glissant— una gran lección, y ésta [sic] es que toda aventura intelectual dirigida a investigar lo caribeño está destinada a ser una continua búsqueda”.

18 También, en los últimos años antes de su muerte en 2011, sus ‘Memorias’ de la trata y de las esclavitudes.

19 Ofrezco aquí una posible versión en castellano: “un artesano, oral o literario (idealmente ambas cosas), que trabaja con cantos de palabras, sonidos de palabras, heridas de palabras y sentidos, métricos y/ o rítmicos, dentro de un cierto código de orden o des/orden —lo que Antonio Benítez Rojo llama caos creativo”.

manera”. Frente a la violencia institucionalizada, la dominación histórica y el despojo, la salida es la *performance* colectiva, el cimarroneo como resistencia y la religación de los fragmentos. De allí la importancia que cobran la “Relación” (con mayúscula) en Glissant, la “unidad submarina” en Brathwaite y la “repetición” (como forma de integración) de las islas en Benítez Rojo. De allí también el peso que adquiere el fenómeno del carnaval en la reflexión de los tres autores, quienes muy especialmente manifiestan su atracción por un evento de congregación regional como el Carifesta (*Caribbean Festival of the Arts*), cuyas celebraciones dejan su huella en los textos. Benítez Rojo evoca el festival celebrado en La Habana en 1979 como un “huracán cultural”, según se lee en el ensayo dedicado al “Carnaval” que agrega a la segunda edición de su *Repeating Island*. Glissant, quien considera el Carifesta un fenómeno político y cultural y, junto con los contactos cada vez mayores establecidos entre las islas del archipiélago, una manifestación concreta de la *Antillanité* (Bader 98), incluye su intervención en el festival de 1976 celebrado en Kingston en *Le Discours antillais* para afiliarse definitivamente con sus colegas anglófonos en “La querella con la historia”: la tarea de rescate de la memoria colectiva caribeña. Y será precisamente en el Carifesta de Jamaica donde Brathwaite, a quien Glissant llama entonces “el historiador como poeta”, presentará por primera vez su “sociología del lenguaje nación”, el cual, en tanto uso reactivo de la lengua y práctica de descolonización cultural es relacionado con las teorizaciones de Glissant, como mencionamos al principio.

Tal contexto de fuertes afiliaciones intercaribeñas que Brathwaite, significativamente, llama la “Revolución Cultural” (marcada por la Revolución cubana, la visita de Selassie al Caribe, los ‘motines’ de Walter Rodney y la expansión del Black Power), fue sin duda el disparador de ese gran ensayo caribeño en distintas lenguas que –al igual que el lenguaje liberado en que el Caribe debía expresarse– sería fundamental, como dice el barbadense en “Historia de la voz”, “no sólo para nuestra literatura en vías de desarrollo, sino para la matriz sociopolítica de la cual se origina” (Brathwaite “Historia” 168): una matriz anticolonialista y de resistencia que el rizoma ramificará.

A modo de conclusión

Si Glissant y Benítez Rojo adscriben a nociones filosóficas posmodernas que, en un principio, les sirven para superar la rigidez, el esquematismo y los sentidos fijos derivados de la “lógica occidental” –mientras, como vimos, imprimen una marca caribeña al discurso cultural posesencialista–, Brathwaite, por el contrario, se mantendrá siempre alerta ante el colonialismo inherente a la imposición de modas teóricas metropolitanas. En una entrevista en que explicita su desinterés total por “los debates de la crítica literaria (‘post-modernista’, ‘post-estructuralista’, ‘post-colonial’, lo q’ fuere)” relacionará su desconfianza precisamente con el “origen” de su escritura, un *locus* de enunciación –la

Plantación— que para Brathwaite es ineludible y, en su caso, lo conduce —casi sin escalas— al África (Bonfiglio 196). Para Brathwaite, incluso, entre la poética glissantiana y su “lenguaje nación” no existirían diferencias esenciales, excepto por lo que denomina la “boca de discurso” por la que estos se vuelven “accesibles” a Próspero, el amo colonial: “creo q’ los caribeños francófonos —dirá— [son] mucho + cultural y filosóficamente franceses q’ lo q’ nosotros somos ingleses —exceptuando, según algunos, Naipaul (un exiliado, a diferencia de los francófonos)—” (200).

Aunque es indudable que tanto Benítez Rojo como Glissant comparten el objetivo de Brathwaite de autorizar un discurso antillano, y que su apropiación de los paradigmas centrales nunca fue acrítica, es interesante notar que sus últimos textos manifiestan un movimiento de retorno creativo a una matriz anticolonialista y una lógica oposicional anteriormente difuminada aunque nunca del todo ausente de sus discursos de resistencia. “Por muy posmodernos o poseideológicos” que se sientan —según la simpática confesión de Benítez Rojo—, las continuidades que los ensayistas establecen con la tradición discursiva caribeña y el imaginario antiimperialista y anticolonialista —Negritud, Revolución cubana, *Black Power*— se vuelven afiliaciones a veces explícitas. Estas se suman a la elaboración de un lenguaje ensayístico que interconecta las experiencias insulares a través de una religación poética y simbólica: figuraciones de una integración más deseada que efectivamente realizada.

Referencias bibliográficas

- Bader, Wolfgang. “Poétique antillaise, poétique de la relation: interview avec Édouard Glissant”. *Europäisch-karibische Literaturbeziehungen* 9-10 (1984): 83-100.
- Baugh, Edward. “Literary Theory and the Caribbean: Theory, Belief and Desire, or Designing Theory”. *Shibboleths: Journal of Comparative Theory* 1. 1 (2006): 56-63.
- Benítez Rojo, Antonio. *La isla que se repite. Edición definitiva*. Barcelona: Editorial Casiopea, 1998.
- _____. *The Repeating Island: The Caribbean and the Postmodern Perspective*. Trans by James Maraniss. Durham, NC: Duke University Press, 1996.
- Bonfiglio, Florencia. “Entrevista a Kamau Brathwaite”. Kamau Brathwaite. *La unidad submarina. Ensayos caribeños*. Selección, Estudio Preliminar y Entrevista de Florencia Bonfiglio. Buenos Aires: Katatay, 2010. 193-207.
- Brathwaite, Kamau. “Caribbean Culture: Two Paradigms”. *Missile and Capsule*. Jürgen Martini (ed.). Bremen: Universität Bremen, 1983. 9-54.
- _____. *Barabajan Poems 1492-1992*. New York: Savacou North, 1994.

- _____. “Historia de la voz. El desarrollo del lenguaje nación en la poesía caribeña anglófona”. *La unidad submarina. Ensayos caribeños*. Selección, Estudio Preliminar y Entrevista de Florencia Bonfiglio. Buenos Aires: Katatay, 2010. 115-191.
- Dalleo, Raphael. “Another ‘Our America’: Rooting a Caribbean Aesthetic in the Work of José Martí, Kamau Brathwaite and Édouard Glissant”. *Anthurium. A Caribbean Studies Journal* 2. 2 (2004). En línea. Consultado el 10 de marzo de 2013.
- Dash, J. Michael. “Libre sous la mer -Submarine Identities in the Work of Kamau Brathwaite and Édouard Glissant”. *For the Geography of a Soul: Emerging Perspectives on Kamau Brathwaite*. Timothy J. Reiss (ed.). Trenton, NJ: Africa World Press, 2001. 191-200.
- DeLoughrey, Elizabeth. “Routes and Roots. Tidalectics in Caribbean Literature”. *Caribbean Culture: Soundings on Kamau Brathwaite. (Second Conference on Caribbean Culture, 2002)*. Annie Paul (ed.). Mona: University of West Indies Press, 2007. 163-175.
- Díaz Quiñones, Arcadio. “Caribe y exilio en *La isla que se repite* de Antonio Benítez Rojo”. *Orbis Tertius* XII. 13 (2007): 1-17. En línea. Consultado el 02 abril de 2013.
- Fernández Retamar, Roberto. “Varias maneras de mirar a un mirlo, digo, a una literatura”. *Casa de las Américas* 249 (octubre - diciembre 2007): 32-44.
- Glissant, Édouard. *El discurso antillano*. Trad. de A. M. Boadas y A. Hernández. Caracas: Monte Ávila, 2005.
- _____. *L'intention poétique*. París: Editions du Seuil, 1969.
- _____. *Philosophie de la relation. Poésie en étendue*. París: Gallimard, 2009.
- _____. *Poétique de la Relation*. París: Gallimard, 1990.

Fecha de recepción: 24/09/2013 / **Fecha de aceptación:** 04/06/2014